

PAUL CHRISTOPHER

LA **ESPADA** DE  
**TEMPLARIOS** LOS



algaída  
INTER

Título original: *The Sword of the Templars*  
Editado en USA por Signet, una marca de New American Library,  
división de Penguin Group (USA) Inc.  
80 Strand, london WC2R 0RL, England

Primera edición: 2011

© Paul Christopher, 2009  
© de la traducción: Lorenzo Luengo, 2011  
© Algaida Editores, 2011  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: Realización Editorial  
ISBN: 978-84-9877-684-3  
Depósito legal: M-30.412-2011  
Impresión: Huertas, I. G., S. A.  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	15
CAPÍTULO 2 .....	25
CAPÍTULO 3 .....	31
CAPÍTULO 4 .....	37
CAPÍTULO 5 .....	53
CAPÍTULO 6 .....	63
CAPÍTULO 7 .....	81
CAPÍTULO 8 .....	91
CAPÍTULO 9 .....	99
CAPÍTULO 10 .....	113
CAPÍTULO 11 .....	125
CAPÍTULO 12 .....	135
CAPÍTULO 13 .....	143
CAPÍTULO 14 .....	161
CAPÍTULO 15 .....	175
CAPÍTULO 16 .....	187
CAPÍTULO 17 .....	197
CAPÍTULO 18 .....	211

CAPÍTULO 19 .....	227
CAPÍTULO 20 .....	237
CAPÍTULO 21 .....	245
CAPÍTULO 22 .....	257
CAPÍTULO 23 .....	267
CAPÍTULO 24 .....	277
CAPÍTULO 25 .....	287
CAPÍTULO 26 .....	297
CAPÍTULO 27 .....	309
CAPÍTULO 28 .....	321
CAPÍTULO 29 .....	331
CAPÍTULO 30 .....	341
CAPÍTULO 31 .....	351
CAPÍTULO 32 .....	359
CAPÍTULO 33 .....	371
NOTA DEL AUTOR .....	387

*A Mariea, Noah, Chelsea y Gabe,  
con todo mi amor*



## RECONOCIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a Brent Howard y Claire Zion de la NAL por darme la idea; y también quiero agradecer a la fascinante y arrebatadora Leora, la mejor enfermera del mundo, y a su novio, el verdadero Raffi Wanounou, que me hayan permitido que robe a este su maravilloso nombre. *Mazel tov* a los dos.





¿Dónde está la tumba de *Sir Arthur O'Kellyn*?  
¿Dónde la tumba de tal hombre ha de estar?  
A la vera de un río, en la cima de Helvellyn,  
bajo la enramada de un tierno abedul.  
El roble que en verano era dulce escuchar,  
y frotaba sus hojas al ocaso del año,  
y gemía y gruñía solitario en invierno,  
ya no está, el abedul ha crecido en reveso.  
Polvo es ya el cráneo del caballero,  
su espada bravía ha perdido su hierro;  
su alma estará con los santos, espero.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, *La tumba del caballero*

Hic iacet Arturus, rex quondam rexque futurus.  
(Aquí yace Arturo, rey que Fue y que Será.)

SIR THOMAS MALORY, *La muerte de Arturo*

¡Gloria a quien hizo viajar a su siervo de noche, desde la Mezquita Sagrada a la Mezquita Lejana, cuyos alrededores hemos bendecido, para mostrarle parte de nuestros signos! Él es quien todo lo oye, todo lo ve.

CORÁN, «*El viaje nocturno*», 17:1, donde se le muestran al Profeta las maravillas que guardan las ruinas del Templo de Salomón.

Él extenderá su mano contra el norte y hará desaparecer Asiria; convertirá a Nínive en una desolación, en una tierra árida como el desierto.

SOFONÍAS, 2, 13.



— **E**N *EL CÓDIGO DA VINCI*, DAN BROWN DESCRIBÍA a la Orden del Temple como los guardianes sagrados del secreto de la dinastía de Cristo. En *Indiana Jones y la última cruzada* eran retratados como defensores inmortales del Santo Grial. En la película *La búsqueda*, Nicolas Cage los pintaba como los custodios de una inmensa fortuna enterrada bajo Trinity Church, en pleno centro de Manhattan. Según diversos eruditos religiosos, no eran otra cosa que los guardeses que se ocupaban de proteger el Templo de Salomón en Jerusalén tras el victorioso final de la Primera Cruzada, así como los protectores de los peregrinos que marchaban a Tierra Santa.

«Chorradas. La verdad es que la Orden del Temple, que se autodenominaba el Ejército de Dios, no era más que una banda de chantajistas y matones. Como grupo, son sin duda el primer ejemplo histórico conocido de crimen organizado. Tenían sus propios rituales secretos y un código que no desmerece en nada el que ostenta la Cosa Nostra siciliana: la Mafia».

El teniente coronel John «Doc» Holliday, un hombre de cabello oscuro y mediana edad, vestido con un uniforme de las

Fuerzas Armadas y tocado con un parche negro en el ojo izquierdo, recorrió con una mirada el aula, buscando algún atisbo de respuesta en sus estudiantes o, en caso contrario, al menos una muestra de interés. Lo que vio fue a dieciocho estudiantes de cuarto año, los llamados «aventajados», todos varones y todos vestidos con las mismas prendas de las de «ir a clase»: camisas uniformadas de color azul y manga corta, por cuyos cuellos asomaba el triángulo de una camiseta irreprochablemente blanca; idénticos pantalones grises divididos en el lateral por una raya; idéntico pelo cortado a cepillo; idéntica expresión adormilada, de ojos vidriosos, propia de quienes asisten a la última clase de una jornada académica iniciada casi diez horas antes. Por increíble que pareciera, aquellos jóvenes eran la crema de la última promoción de West Point, la mayoría de ellos una turba de aguerridos cabezas cuadradas que ya habían diversificado sus talentos en Artillería, Infantería y Unidades Blindadas, y que carecían del menor interés en Historia Medieval en general o de la Orden del Temple en particular. Futuros Guerreros de América. *¡Sí, señor!*

Holliday prosiguió:

—El mayor problema que tuvo lugar tras la Primera Cruzada de 1095 radicaba en el hecho de que los cruzados la ganaron. En el año 1099 tomaron Jerusalén y se convirtieron en un ejército sin enemigos. No había más sarracenos impíos a los que masacrar. Los caballeros de la época eran soldados profesionales, espadas mercenarias compradas y pagadas por pudientes aristócratas, la mayoría franceses, italianos o alemanes. Se les llamaba *chevaliers*, lo que literalmente quería decir que se trataba de hombres que sabían montar a caballo; la cortesía y las rubias damiselas en apuros no entraban en la ecuación. Lisa y llanamente, no eran más que una horda de asesinos.

—Guerreros, señor.

El comentario procedía de *Blanquito* Tarvanin, un descendiente de finlandeses procedente de Nebraska de rudo aspecto, cuya piel pálida y su aún más pálido cabello le habían conferido tal apodo. Saltaba a la vista que pertenecía a la Infantería: las ridículas pero orgullosas varas cruzadas de la camisa de su uniforme eran prueba de ello. De hecho, cuando escogió su destino unas semanas atrás había elegido Fort Polk, Alabama, la elección menos atractiva de la lista, solo para demostrar lo auténtico que era.

—Guerreros, no, cadete: mercenarios. A aquellos tipos les movía el dinero y nada más que el dinero. Ni honor, ni deber, ni país. A eso se le podía añadir el pillaje y alguna que otra violación; al fin y al cabo, según las reglas de compromiso del siglo XI, todo aquel que no era cristiano se iba de cabeza al infierno, con lo cual lo que hicieran allí no se les tendría en cuenta. La nobleza, por su parte, juraba y perjuraba que Tierra Santa era el lugar ideal para ejercitarse en toda clase de saqueos, pero aquellos maltrechos *chevaliers* no tardaron mucho en descubrir que tampoco es que hubiera tanto que rapiñar, y miles de ellos regresaron a sus hogares sin un céntimo, a la vez que un buen montón de aristócratas se sumían en una inevitable bancarrota. Al regresar a sus casas, muchos de ellos descubrieron que sus tierras, castillos y demás posesiones les habían sido sustraídos por las intrigas de sus parientes, si es que no habían sido confiscados por el rey a modo de impuestos.

Holliday hizo una pausa.

—Así pues, ¿qué hace un soldado cuyas verdaderas habilidades se reducen a asesinar, masacrar y demás actos de extrema violencia sobre el impío enemigo, cuando este ya ha sido derrotado? —Holliday se encogió de hombros—. Hace lo que todo hombre ha hecho desde los tiempos de Alejandro Magno: se dedica al crimen.

—¿Como Robin Hood? —la pregunta procedía de *Granitos* Mitchell, un individuo delgado, comido por el acné y tocado con unas gafas de armazón metálico, cuyas pronunciadas entradas ya se iban convirtiendo en simple calvicie. Tras haber visto las evoluciones de Mitchell en West Point a lo largo de cuatro años, a Holliday le seguía sorprendiendo su energía. Nunca hubiera puesto la mano en el fuego por que aquel cadete larguirucho hubiese llegado a superar las seis primeras semanas de instrucción. Pero, para su asombro, el tipo había soportado con creces la dureza del lugar. Holliday sonrió. El acné de Mitchell ya desaparecería algún día.

—Robin Hood no era sino una fantasía romántica inventada por un puñado de bardos que recogían en sus versos una serie de sucesos ocurridos varios siglos atrás. La gente de la que hablo, los *routiers*, como se conocía a estos vagabundos que iban y venían por los caminos, eran más parecidos al Tony Montana de *Scarface*: un mero producto de su entorno social. Un espalda mojada sin apenas instrucción y recién salido de la cárcel no tiene más que una opción si pretende medrar en su nuevo hogar: traficar con cocaína. Un *routier* de la Francia medieval se une a una banda de exsoldados guiados por un propósito similar y, junto a ellos, comienza a saquear los condados vecinos y a ofrecer «protección» a las ciudades y pueblos a cambio de un precio.

»Uno de esos hombres era Hugo de Payens, un caballero francés al servicio del duque de Champagne. En cuanto el duque se quedó sin dinero, *sir* Hugo cambió de bando y luchó con el ejército de Godofredo de Bouillon hasta que Jerusalén fue derrotada.

»Godofredo se erigió en rey de Jerusalén, y apoyándose en la relación que los unía, *sir* Hugo y otra media docena de *routiers* elevaron una petición al rey para que les fuese permiti-

do proteger las nuevas rutas de peregrinación que arrancaban en la recientemente tomada Tierra Santa, además del derecho de establecer su cuartel general en las ruinas del antiguo Templo de Salomón.

»Hay que tener en cuenta que en esa época los peregrinos suponían un buen negocio: el peaje que se les cobraba servía para cimentar la economía de la nuevamente «liberada» Tierra Santa. Godofredo aceptó la petición, pero *sir* Hugo, no contento con eso, logró que el papa Urbano II les ratificara en su recién adquirida posición mediante la concesión del estatus de orden sagrada, lo que liberaba a la ahora conocida como Orden de Caballeros Templarios de las obligaciones de cualquier tipo de impuesto, aparte del hecho de que con aquello solo debían responder ante el Papa de todo cuanto hicieran».

—Les hizo una oferta que no pudieron rechazar —dijo *Granitos* Mitchell, sonriendo de oreja a oreja—. Al estilo «padrino».

—Algo así —asintió *Holliday*—. *Sir* Hugo y sus compañeros *routiers* tenían bajo su control un ingente poder militar. Godofredo había irritado a muchos de los suyos al aceptar el título de rey. El propósito de Godofredo era granjearse cuando menos una buena protección en tan frágil y pequeño reino.

—¿Y qué sucedió? —preguntó *Blanquito* Tarvanin, repentinamente interesado.

—Siempre ha habido ciertos rumores sobre un tesoro escondido en el Templo de Salomón, quizá incluso el Arca de la Alianza, la caja que supuestamente contenía las nuevas tablas de los Diez Mandamientos que Moisés trajo del Sinaí.

—¿Las nuevas tablas? —preguntó Tarvanin.

—Moisés rompió las primeras tablas que Dios le entregó —replicó Granger, un fanático del rugby apodado *Bala*, probablemente debido a la forma de su cabeza. También era el ma-

yor católico ultraconservador que había en la clase. El robusto base había dedicado a Holliday una mirada de indisimulado recelo desde que este mencionó a Dan Brown y *El código Da Vinci*. Para mucha gente era un tema delicado, aunque Holliday no entendía bien por qué; después de todo, se trataba de una novela, una obra de ficción, no del altavoz de campaña o sermón alguno. Granger se aclaró la garganta, como si le avergonzase mostrar demasiados conocimientos ante un profesor—: Dios las escribió por segunda vez y Moisés las guardó en el Arca. Lo dice la Biblia.

—También el Corán —añadió Holliday, prudente—. Para los musulmanes, eso significa tanto como para los cristianos.

El rostro de Granger se ensombreció, e incrustó su enorme cabeza entre sus fornidos omóplatos, como una tortuga.

—¿Y esos tipos lo encontraron? —preguntó Tarvanin.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. Lo que sí sabemos es que al menos algo encontraron. Hay quien dice que se trataba del oro de las minas del rey Salomón, otros dicen que era el Arca de la Alianza, otros que la sabiduría secreta de la Atlántida. Independientemente de lo que encontraran, lo cierto es que en un año los caballeros templarios nadaban en la abundancia. Financiaron los servicios de protección a peregrinos, construyeron castillos a todo lo largo y ancho de las rutas de peregrinación a Jerusalén y vendieron sus músculos a quien pudiera pagar por ellos.

»A causa de las distancias que había entre Europa y Tierra Santa, adoptaron un modelo ideado por el enemigo sarraceno consistente en una notita cifrada que reproducía lo que hoy llamaríamos una transferencia bancaria: el dinero real se depositaba en un determinado lugar y, a miles de kilómetros de distancia, la misma suma era entregada a través de un simple pa-



pel. Un rudimento de transferencia electrónica antes de que existiese la electrónica.

»Los templarios también procedieron a prestar dinero con interés, aunque tal cosa estaba específicamente prohibida en la Biblia. A medida que pasaba el tiempo, se atrevieron incluso a financiar guerras. Con frecuencia, las tierras y otros activos se empleaban como garantía pecuniaria, y a menudo acababan siendo requisados, lo que ampliaba aún más el poder y la riqueza de los templarios.

»Al cabo de un año, estos se habían inmiscuido en todo lo que oliera a dinero: usura, bienes inmuebles, el tinglado de la protección, transporte naviero, contrabando, soborno, absolutamente todo. A finales del siguiente siglo eran lo más parecido que uno podía encontrarse a un *holding* de empresas multinacionales, y no hay ninguna duda de que el grueso de sus riquezas procedía de fuentes ilícitas.

»En la mayoría de las ciudades de la época, desde Roma a Jerusalén, pasando por París, Londres, Frankfurt y Praga, nadie podía hacer un movimiento de suficiente enjundia sin consultar previamente con la autoridad templaria local. El Temple controlaba la política y los bancos, y poseía flotas completas de barcos. Por sí mismo conformaba todo un ejército, y a comienzos del siglo XIV tenía una red de inteligencia sin igual que se expandía por todo el mundo conocido. Como no podía ser menos, por entonces Jerusalén había caído otra vez en manos del infiel, y Tierra Santa se convirtió nuevamente en un campo de batalla, pero a esas alturas de la historia tal cosa ya carecía de importancia».

—¿Y qué ocurrió entonces, señor? —preguntó *Granitos Mitchell*.

—Que habían crecido tanto que hasta sus viejas galas les quedaban pequeñas —explicó *Holliday*—. El rey Felipe de

Francia acababa de librar una larga guerra con Inglaterra. Estaba en la ruina, y debía un montón de dinero a los bancos templarios. La situación llegó a tal extremo que el Temple estuvo a punto de tomar el país. Por su parte, el Papa también se estaba poniendo un poco nervioso; los templarios tenían demasiado poder en el seno de la iglesia y eran muy capaces de colocar a uno de los suyos en el trono papal si así se les antojaba.

»Algo había que hacer. El papa Clemente y el rey Felipe tramaron un plan, consistente en presentar cargos contra la Orden por diversos crímenes, algunos reales y otros inventados, y un viernes trece de 1307 la mayoría de los líderes templarios de Francia fueron arrestados. Se les juzgó por herejía, se les consideró culpables, fueron torturados y ardieron en la hoguera. Así las cosas, el Papa ordenó a cuantos reyes católicos había en Europa a que requisaran los activos de los templarios bajo amenaza de excomuniación, de manera que en 1312 los caballeros templarios habían dejado de existir. Hay quien dice que la flota templaria trasladó el tesoro de la Orden a Escocia para llevarlo a un lugar seguro, mientras que otros piensan que lograron huir a América, aunque no hay prueba alguna de ello».

—No sé qué sentido tendría eso —dijo *Blanquito* Tarvanin—. Pero es que tampoco se lo encuentro a todo este rollo. ¿Qué tiene que ver ahora mismo esto con nosotros?

—Pues mucho, la verdad —replicó Holliday. Era un argumento que había oído ya mil veces, de labios de chavales tan agresivos y beligerantes como *Blanquito* Tarvanin—. ¿Has escuchado alguna vez la expresión «quienes olvidan la Historia están condenados a repetirla»? —se vio respondido por varias miradas vacías. Holliday sacudió la cabeza. Aquello no le pillaba por sorpresa.

»Se atribuye la paternidad de la cita a un hombre llamado George Santayana, un filósofo americano de origen hispano nacido a principios del siglo XX. Adolf Hitler ya demostró la validez de tal aserto al olvidar las lecciones de la Historia e intentar invadir Rusia durante el invierno. Con que solo hubiera recordado la desastrosa intentona de Napoleón, se habría decantado por afianzar el frente occidental, lo que le habría permitido ganar la guerra en Europa. Y si nosotros mismos hubiéramos prestado atención a la Historia y recordado las décadas de fracasos que los franceses habían cosechado en Vietnam, quizá no hubiéramos intentado librar esa guerra de la misma forma en que ellos lo hicieron, y, por tanto, quizá no la hubiéramos perdido».

—Vale, ¿pero qué tiene que ver todo eso con los templarios? —insistió *Granitos Mitchell*.

—Tiene que ver con el hecho de que se volvieron demasiado poderosos y se olvidaron de quiénes eran sus amigos —respondió *Holliday*—. Exactamente igual que hemos hecho nosotros. Los Estados Unidos concluyeron la Segunda Guerra Mundial con una tasa de bajas por habitante inferior a la de Canadá, y no sufrimos ninguno de los catastróficos desastres que sí se infligió a Europa y Gran Bretaña. Además, durante la guerra realizamos enormes préstamos de carácter industrial que nos puso en la primera línea del frente económico mundial. Dominamos el mundo, igual que los templarios hicieron varios siglos atrás. Los demás pueblos se sintieron celosos de nuestro dominio. Y hubo a quien irritó aquella situación.

—El once de septiembre —musitó *Tarvanin*.

—Entre otras cosas —dijo *Holliday*—. Y para empeorar las cosas, comenzamos a mezclar política y religión. Un viejo argumento, similar al empleado por los cruzados. Nuestro Dios es mejor que vuestro Dios. *Dios está con nosotros*, decían las

hebillas de los cinturones nazis. Guerras santas contra mujeres y niños, católicos matando a protestantes en Belfast. Invadimos Irak por las razones equivocadas y nos desvinculamos de quienes eran nuestros amigos. Asesinamos a mucha gente en el nombre de Dios y los sedicentes «valores basados en la fe» más que por cualquier otra causa.

»Uno puede atemorizar a la gente para convertir a las masas en sus aliados, pero si las cosas van mal, no debe esperar que permanezcan a su lado, en particular si Dios ha sido añadido a la mezcla. La Constitución existe, entre otras cosas, para garantizar la separación entre Iglesia y Estado, aunque también eso parece que lo hemos olvidado. Y en cuanto al significado histórico de tal precaución, es probable que los problemas que la originan puedan rastrearse en Oriente Medio hasta el propio Moisés».

—¿Cree usted en Dios? —le preguntó a quemarropa *Bala Granger*.

—Mis creencias personales no tienen nada que ver con esto —dijo Holliday con voz calmada. También esto lo había vivido antes: aquello era terreno pantanoso, la clase de cuestión que podía meterte en problemas.

—Siempre la toma con los cristianos y la Biblia. Moisés y esas cosas —atacó Granger.

—Moisés era judío —dijo Holliday, lanzando un suspiro—. Al igual que Cristo, por cierto.

—Sí, claro —rumió el enorme jugador de rugby. Sonó la campana.

Salvado.